

la persecucion. No puedes ignorar ya que el pobre es máscara de Cristo; ni negarlo, pues él dijo en el Evangelio que él tenía sed en el que la tenía, y hambre y desnudez; que padecía cárcel él con el preso, y que estaba enfermo y no le visitaron.

De aquí el grande Salviano dice, lib. 4 ad Eccl., 5 (a): «Los avarientos replican que no era Cristo el que tenía hambre y sed.» A que responde: «No solamente afirmo que Cristo es pobre entre los pobres, sino mucho más pobre que todos los otros; porque entre los pobres no es la pobreza igual, porque hay algunos que están desnudos, mas no hambrientos; á otros falta acogida y tienen vestidos: y al fin, aunque á algunos falten muchas cosas, á ninguno le faltan todas. Jesucristo es solo pobre de todo, porque él tiene sed con el que la padece, y hambre con el hambriento, está desnudo con el desnudo, y

(a) Mejor habria dicho QUEVEDO: «en el cuarto de sus libros *Contra avaritiam*, publicados con el nombre de Timotheo, y dirigidos ad *Ecclesiam Catholicam*.»

en la cárcel con el preso. Los demás pobres son pobres con sí solos y por sí solos. Jesucristo es pobre en todos los pobres y por todos los pobres.»

Quitate, ó avariento, la máscara de tu hipocresía, y conocerás que cada pobre es máscara de los disfraces de Cristo. Aprende á liberal, de las venas de Cristo y de su sangre. Dióla á la circuncision recién nacido, porque se la pidió la ley (siendo sombra), él la luz de la ley de gracia. Pidióselo la congoja en el huerto, y sudóla. Pidiéronselo los empellones y caídas, y los juncos marinos en la corona, y los golpes de la caña, los azotes y la columna, los clavos y los golpes de los martillos; á todos la repartió. Y pidiéndosela la lanzada despues de muerto, cuando la sangre no corre, dió sangre y agua, y vista al que le dió la herida. Si eres avariento, aprende á ser liberal de la sangre de Cristo, pues es el más precioso tesoro; cónozcate tu sed, y hártese. Enríquécete con lo que da quien no empobrece dando, ni se quita nada de lo que dió, ni le hace falta para dar á otro lo mismo.

VIRTUD MILITANTE

CONTRA LAS CUATRO FANTASMAS DE LA VIDA.

MUERTE.

PRIMERA FANTASMA DE LA VIDA. (a)

CARTA

que declara cómo es loable el temor de la muerte, y cómo puede ser necio y reprehensible.

AL DOCTOR DON MANUEL SERRANO DEL CASTILLO. (1)

Don Francisco de Quevedo (2) Villegas.

Escribeme vuesa merced ha leído con gusto la doctrina de (3) Epicteto en mi traduccion, y la defensa de los estoicos y de Epicuro. Esta alabanza no llega á mi estudio, ni sale de Epicteto ni de Zenon. Mios son los consonantes, accidente muy delgado, si bien de buen sabor á la memoria. Díceme vuesa merced que se convence de que se ha de sentir la muerte y los trabajos, y que en favor de las virtudes lo entiende así con los santos padres; y preguntáme vuesa merced qué calidad ha de tener aquel sentimiento para no ser reprehensible, antes loable. Doctrina es esta más para enseñármela á mí que para preguntármela. Yo, Señor, por malo no lo sé obrar, por ignorante no lo sé decir. Esta cuestion tiene autoridad resuelta por quien la obra, no por quien solamente la estudia y la parla. Lo que me toca es obedecer al amigo, que sabrá perdonarme si no sé obedecer.

Ya que no me puedo valer para el acierto de la perfeccion de la vida, que inculpable en los buenos hace hermosa la muerte, me valdré de las miserias que en los distraidos y delincuentes hacen aborrecible la vida. Por diferentes caminos el pecado y la virtud alivian el temor de la muerte. Aquel con el fastidio de lo pasado, esta con la esperanza de lo futuro. Entre

(a) Hasta aquí es mio todo el epigrafe: no se halla en ninguna impresion. Pero como son póstumas, y el fróntis de la primera apócrifo á no dudar, merced al derecho que los libreros se abrogaron siempre de alterar á su antojo los títulos de las obras póstumas de QUEVEDO, echo de menos en este paraje tan natural division, y creo que la habria determinado el autor á haber dado á la estampa su libro.

(1) Escribeme vuesa merced (F. S.)

(2) y Villegas. (Z. B.)

(3) Epicteto (Id.)

los gentiles, pretensiones tuvo más que de hombre quien pretendió que no se temiese la muerte ni los trabajos: entonces fué pretension vana; hoy fuera más, pues la temió Cristo, que siendo hombre, fué Dios y hombre. No fué en agonía por no morir, que no podía rehusarlo quien encarnó para morir. No dijo: «Pase de mí, si es posible, este cáliz,» porque rehusaba de beberle, habiendo reprehendido á san Pedro tan ásperamente porque diciendo que iba á morir, le dijo: *Absit à te Domine*: «No es el morir para tí,» y habiendo dicho á san Juan y á san Jacobo que habian de beber su cáliz y que le beberian. Aquella congoja fué providencia en el que era más que hombre, para que en la naturaleza se viese era (4) verdadero y naturalmente hombre; y que como hombre temia la muerte, siendo Dios, porque venia á satisfacer por Adán, que siendo hombre no la temió, por ser como Dios. Fueron congoja á Cristo los que interviniendo en su muerte corporal, habian de fabricarse su muerte eterna. Y aquel temor de Cristo y aquel sudor sangriento está animando de gozo en su muerte por su ley á todos los mártires, en quien el amor divino vence á la naturaleza humana: lo que siendo imperfecto, pretende frecuentemente (5) el amor frenético del apetito por un bien mentiroso que se propone. Empero este amor falsificado no vence la naturaleza, antes la ciega; solo al amor de Dios es permitida la victoria destes temores. En el mártir tiemblan con los tormentos los miembros; encógense con el fuego, desátanse con el cuchillo, enflaquecense desangrados, desfigúranse (6) difuntos; y esto cuando el alma goza constante, como enamorada. No necesitan de sentimiento las cosas para hacer demostraciones de su muerte. La llama que en la vela se muere ó es apagada, á su modo se lamenta. ¿Quién deshará una trenza, que no deje feos los torzales que fueron labor? ¿Qué lazo ó nudo (7) no se re-

(4) verdadera (Z. B.)

(5) en el amor (S.)

(6) difuntos; (B. F. S.)

(7) resiste al que le deshará? (S.)

siste al que le desata? ¿Cómo se deshará un edificio sin que se hienda la tabla, sin que se maltrate la viga, sin que se rompa el clavo? ¿Cómo podrá dejar de oírse el golpe del martillo? ¿Quién enmudecerá los estallidos de la madera que se quiebra? (1) Pongan estos símiles delante de los ojos la razón de las ansias en el que padece, de los paroxismos en el que muere. No puede alguna dialéctica persuadir al ojo que no se cierre al polvo que le ciega, ni á la cabeza que no (2) se aparte del golpe que la busca. No tuvieran ejercicio la constancia y la fortaleza del espíritu si no tuvieran que moderar en la flaqueza del cuerpo. Naturaleza es, según esto, temer la muerte, y ella es temerosa al pecador, y por ser pena del pecado. Virtud y mérito es saber animar el espíritu contra este temor. Necio es quien le tiene porque se le acaba la vida; injusto si le teme porque se le llega la muerte, á que él se llega, á que él se va. Nacemos para vivir, y vivimos muriendo y para morir, y morimos para nacer á segunda vida. Mejor séquito tiene el morir que el nacer; á la vida sigue la muerte, á la muerte la resurrección. Vivimos tiempo, que ni se detiene ni tropieza ni vuelve. Está en nuestra mano lograrle, no hacer que se pare; de tal condición, que ni lo pasado se ha de sentir después, ni lo por venir antes. De aquel es medicina el olvido, deste la prudencia. Quien se embaraza en sentir lo pasado, pierde lo presente y aventura lo porvenir. Lo que fué, como no es, no puede dejar de haber sido: lo que es, como no era poco antes, dejará de ser poco después; lo que aun no es, si se desea ó si se teme, se padece. No hace la codicia que suceda lo que queremos, ni el temor que no suceda lo que recelamos. Si lo pasado fué bueno, lo que alegra con el haber sido bueno, entristece con haber pasado; si fué malo, lo que alegra con no ser, aflige con haber sido. ¡Oh miseria humana, no solo fugitiva, sino instantánea é invidiosa de algun momento de reposo y consuelo; que si llegas, te vas; que si pasas, no vuelves; que antes de venir molestas; venida huyes, y pasada no tornas! Vivimos tiempo, sin poder decir cuál antes que se pase, sin poder decir cuánto antes que se acabe. En un propio instante se vive y se muere. Ninguno puede vivir sin morir, porque todos vivimos muriendo. ¿Qué puede presumir quien no posee su propia vida en algun punto de seguridad? ¿Qué puede saber quien no sabe si vivirá otra hora? ¿Qué ama en su vida quien sabe que á no volver se ausentó la pasada, que á toda prisa se le huye la presente; quien no sabe si añadirá otro instante á su vida? La vida no por eso se debe despreciar, antes lograrse; y de la misma suerte, no se debe temer la muerte, sino prevenirse. Ninguno se ha quejado de no haber sido tantos siglos antes que naciese, y todos se quejan de dejar de ser después de haber sido; siendo así que aun no fuera menor locura quejarse de aquella nada, en que ni era cuerpo ni alma ni compuesto de los dos, que desta disolución de cuerpo y alma, donde si no es el compuesto, dura espíritu inmortal y cuerpo depositado, para volver á la primera unión.

Bueno es temer la muerte por la mala vida, si aquel

(1) Ponga (S.)
(2) aparte (Id.)

miedo atiende á enmendar la vida, por quien se teme la muerte. Este solo temor se permite á la razón, y esto porque antes es temor de la vida que de la muerte. Por esto el consuelo de la muerte es la vida. Si esta es trabajo, aquella es descanso; si es descanso, asegura que no (3) vuelva á ser trabajo. Cierzo es, señor don Manuel, que la muerte trae al dichoso lo que teme, y al miserable lo que desea. No se origina la diferencia della sino del error de los hombres. Para que se acerque no basta desearla, para que se defiera no basta temerla. Ella cumple sus cláusulas sin injuria de alguno, aunque con quejas de muchos. Ella llega á los monarcas porque son hombres, y no se olvida de los pobres hombres porque no son monarcas. Acércala á cada uno su propia naturaleza, no su crueldad ó su malicia; que es igual y piadosa. Introdújola el pecado, es verdad; empero no se dignó de padecerla quien quitó el pecado, quien no le tuvo por naturaleza, y quiso que muriese su madre, que no le tuvo por gracia. Y se dolerá de morir el heredero del que con su culpa introdujo la muerte, y aquel que por sí la está obedeciendo cada día? ¿Qué codicia el hombre en la vida más larga, sino más muerte? Cada día que pasó fué enfermedad del que ha de venir, y en cada día que vive, cuenta tantas enfermedades incurables como horas, tantos pasos hácia la muerte como instantes. Todo le es maestro para este desengaño, y siempre será rudo discípulo de las aves y animales, que murieron para darle sustento, de las que murieron para darle abrigo. La noche con el sueño, que cada día le descansa del afán de todo el día, le acuerda de la muerte, que es el descanso de la vida. Por esto llaman al sueño hermano de la muerte. Y algunos que apuran más este linaje de la muerte, la llaman sueño, y al sueño muerte cotidiana. Todos los días, dice el grande Séneca, muestran cuán nada somos, y con algun nuevo argumento amonestan á los olvidados de la fragilidad, cuando atendiéndolo á las cosas eternas, nos fuerzan á mirar á la muerte. ¿Cuál criatura más hermosa que el sol, y con tantas apariencias de eterna, y todos los días le vemos nacer y morir, y su tarea es pasar de la cuna á la tumba? ¿Qué ocupación tienen la razón y el discurso en el hombre, que cuando teme que ha de morir, no conoce cuánta parte suya y de su vida es muerta?

Señor don Manuel, hoy cuento yo cincuenta y dos años, y en ellos cuento otros tantos entierros míos (a). Mi infancia murió irrevocablemente; murió mi niñez, murió mi juventud, murió mi mocedad; ya también falleció mi edad varonil. Pues ¿cómo llamo vida una vejez que es sepulcro, donde yo propio soy entierro de cinco difuntos que he vivido? ¿Por qué, pues, desearé vivir sepultura de mi propia muerte, y no desearé acabar de ser entierro de mi misma vida? Hanme desamparado las fuerzas, confiésanlo vacilando los pies, temblando las manos; huyóse el (4) color del cabello,

(5) vuelve (S.)

(a) ¿Qué es esto? ¿Quitábase años nuestro filósofo, pagando él tambien tributo á semejante flaqueza humana?

Ideó la presente carta después del mes de mayo de 1635, y la acabó en 16 de agosto, habiendo sido ocasión de ella la favorable censura que mereció al doctor Serrano del Casullo el libro de Epicteto, sacado á luz en abril por Quevedo.

Este pues, contaba á la sazón cincuenta y cinco, y no cincuenta y dos años, como dice aquí tan formalmente.

(4) calor (Z. B. F.)

y vistióse de ceniza la barba; los ojos, inhábiles para recibir la luz, miran noche; saqueada de los años la boca, ni puede disponer el alimento ni gobernar la voz; las venas para calentarse necesitan de la fiebre; las rugas han desamoldado las facciones; y el pellejo se ve disforme con el dibujo de la calavera, que por él se trasluce. Ninguna cosa me da más horror que el espejo en que me miro: cuanto más fielmente me representa, más fieramente me espanta. ¿Cómo pues amaré lo que temo? ¿Cómo desearé lo que huyo? ¿Cómo aborreceré la muerte, que me libra de lo que aborrezco y me hace aborrecible?

La vida en todos empieza con los accidentes de la muerte, que son lágrimas y suspensión del ejercicio de las potencias y sentidos. El que nace aun no le tiene, el que muere ya no le tiene. Nace el hombre y vive sin saber que vive, y empieza á vivir y á morir juntamente. No sabe la boca hablar, y grita; no sabe el pié andar en el camino de la vida, y sabe caminar en el de la muerte. Malicia delincuente es rehusar y temer el hombre la muerte natural, cuando en las pendencias y guerras la busca (1) y solicita, y la sale á recibir por el interés de la paga, ó por la ambición de la honra, ó por el capricho de los príncipes, ó por su venganza ó por su malicia; y rehúsanla, siendo ley comun irrevocable y universal, siendo fin forzoso de la vida, siendo disposición de gloria para el espíritu, del descanso para el cuerpo. Antes se debiera sentir el envejecer que el morir, y ninguno rehúsa el envejecer, (2) y es bendición agradecida el llegar á viejos. ¿Quién desde que tiene razón no desea pasar de unas edades á otras? ¿Quién (3) no desea que á la edad varonil no se añada la vejez? De manera que todos deseamos llegar á viejos, y todos negamos que hemos llegado. Queremos que se alargue la vejez y tememos la muerte, y cuando estamos peleando con ella, la rehusamos, y antes se padece que se cree. Tememos que vendrá la que no tememos habiendo venido.

La vida es toda muerte ó locura; y pasamos la mayor parte de la muerte, que es toda la vida, riendo, y gemimos un solo instante della, que es la postrera boqueada.

Esta cobardía más parentesco tiene con la mala conciencia que con la flaqueza del natural, y por esto se debe doctrinar con la enmienda y el arrepentimiento. ¿Qué tememos fuera del castigo de las culpas y el rigor de la cuenta, que estos son santos temores? Dirán que la disolución deste compuesto; y diré yo que se teme con poca razón, pues en ella nada se pierde, aunque se divide. Lo que anima, que es el alma, es inmortal; el que fué animado, que es el cuerpo, se desata y derrama, no se aniquila. El compuesto que de los dos resultaba y falleció, que es el hombre, se suspende hasta la cierta resurrección. Es depósito breve, no divorcio perpétuo. La tierra, de que fué hecho, le guarda como madre; recíbele como semilla, para que renazca de (4) la putrefacción. Obras de siembra tiene el entierro.

No se puede aprender la doctrina de la muerte, de

(1) y la solicita y la sale (B.)— la solicita y sale (S.)
(2) siendo bendición (S.)
(3) desea (Z. B. F.)
(4) putrefacción. (S.)

los muertos, porque no tenemos con ellos comercio los vivos. Hase de pedir á los viejos, que vivos, todo el (5) tráfico de sus personas le tienen con la muerte. Solamente el ser viejo al que conocimos mancebo es lección muy docta. Mejor doctrina dan universalmente los viejos vistos que oídos; porque hay viejos de tales costumbres, que si no es contándoles los años, son muchachos. Puede la conversacion y las acciones entretener; empero la figura no puede dejar de predicar y desmentir las locuras y fantasmas con que se quiere desvivir.

Todos los que viven, si fuesen buenos, tienen obligación de saber lo que es la muerte, pues no pueden vivir sin morir. El muchacho en quien murieron siete años de niño, y el mozo en quien murieron veinte y cinco, saben lo que es la muerte, como el viejo en quien murieron ciento. No es menos muerte la de veinte años que la de cuarenta, si bien es muerte de menos ó más años.

Del vivo al muerto no va otra diferencia sino que el vivo está muriendo cada día y la postrera hora. El que muere no tiene más que morir; y el que vive tiene que morir más. Luego si la muerte es temerosa por muerte, más la debe temer el que la padece para padecerla, que el que la padece para acabarla de padecer. Todo, señor don Manuel, lo hacemos al revés; tememos la muerte, y queremos más muerte; deseamos que no se llegue y queremos que no se acabe. Toda nuestra ansia es vivir la muerte, y todo nuestro miedo (temiéndola) es que (6) acabe nuestra muerte de morir.

Yo no buscaré la muerte ni la llamaré; que las juzgo acciones dictadas del humor negro. Dispondréme á aguardarla sin sobresalto, á pasarla con prevención católica. Ella me está aguardando donde me llevo yo sin parar. Yo no sé dónde me aguarda; empero sé que ya no me puede aguardar mucho tiempo. Yo envío delante la consideración, porque de mi parte la asista el entendimiento, para que su comunicación le habilite á disponer mi voluntad.

Murió Cristo nuestro Señor, Dios y hombre verdadero (que vino á dar salud al mundo), de treinta y tres años, y ¿me quejaré yo de morir de cincuenta, que todos ellos he sido enfermedad y escándalo del mundo? ¿A cuántas travesuras de niño debo la vida? ¿A cuántas locuras de muchacho? ¿A cuántos delitos de mancebo? ¿A cuántas desdichas de hombre? No las puedo contar por infinitas, y las puedo asegurar por ciertas. Debo pues gastar este espacio que me resta, en reconocimientos á Dios destas muertes, de que quiso librarme para que llegase á la que no (7) puede dejar de llegar.

Yo he respondido á vuesamerced en razón del temor de la muerte lo que mi poca capacidad alcanza. Vuesamerced con su doctrina me dará enseñanza, y con sus oraciones socorro espiritual, de que necesitan los descaecimientos de mi espíritu. Jesucristo nuestro Señor dé á vuesamerced su gracia y larga vida, con buena salud, y le aparte de mal. Madrid, 16 de agosto de 1635.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

(5) tráfico (S.)
(6) se acabe (Id.)
(7) puedo (Id.)

POBREZA.

SEGUNDA FANTASMA DE LA VIDA.

Á DON ÁLVARO DE MONSALVE,
canónigo de la santa iglesia de Toledo (a) (1),

Don Francisco de Quevedo Villegas.

El tratado es de la pobreza, y el caudal con que le escribo es pobre, y mis estudios la pobreza misma. No por esto me acredito, acreditando la pobreza: la que alabo es virtud, la que padezco ignorancia. Muchos presumirán digo mal de la riqueza, porque no la alcanzo; y de verdad yo digo bien de la pobreza porque me la aparta. Novedad tiene mi estudio en este discurso. He aprendido qué cosa sea la (2) pobreza de las ansias de los ricos, y lo que es la (3) riqueza de la paz de los pobres. ¿Quién creerá que el poderoso enseña lo que es la miseria, y el misero cuál sea el poder? No sabe la condición de lo que le falta (para su consuelo) el necesitado, si no mira á lo que sobra al próspero. Mejor diligencia es para huir la grandeza, considerarla en el dichoso que la padece, que en el despreciado que no la sufre. El peligro de la abundancia de manjares, más horrible se ve en la apoplejía del gloton, que la falta en la debilidad del hambriento. Siempre la hambre es medicina, siempre el abito enfermedad. Más fácilmente se añade lo que falta, que se quita lo que sobra. El mendigo pide que le den lo que no tiene, el rico que le añadan á lo que le sobra. Al opulento, á pesar de lo que tiene, le hace mendigo lo que desea; porque no se juzga rico el que tiene mucho, si no lo tiene todo. Cierto es que nadie puede en este mundo tenerlo todo, empero despreciarlo todo puede cualquiera. Uno solo lo ofreció todo á uno, y ese fué Satanás; el sagrado Evangelio nos enseña que aquella no fué dádiva, sino tentación. Oigamos al sacrosanto oráculo: *Iterum assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde*, etc.: «Otra vez lo arrebató el demonio y lo llevó á un monte sumamente excelso, y le enseñó todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré, si cayendo me adorares.» Quien ofrece lo que no puede dar, y pide lo que no le deben dar, antes es tramposo que liberal. Todo se lo promete á Cristo nuestro Señor, cuyo es todo, el demonio, que solo tiene condenación desesperada. Nadie ofrece tanto como el que nada puede cumplir. Para enriquecer á Dios hombre le dice que caiga, y se entiende literalmente en la tentación de tenerlo todo, y que adore al que pretende hacerle caer en ella y derribarle.

Del propio estilo usa la codicia que el demonio: todo lo ofrece á todos los que cayeren en su oferta y adoran al que los derriba. Desea el codicioso levantarse y

(a) Véase la pág. 381 del tomo primero de estas obras y el *Epistolario*.

(1) El tratado (F. S.)
(2) riqueza (Id.)
(3) pobreza (Z. B. F. S.)

que le adoren, y pídele el diablo que caiga y le adore. Y siendo lo contrario de lo que pretende, juzga que es lo propio, convencido de la palabra «Todo te lo daré». Por esto es tan difícil salvarse el rico como serlo. Oigamos el peligro del rico en las palabras de Cristo nuestro Señor, (*Matth.*, 19): «De verdad os digo que el rico entrará difícilmente en el reino de los cielos. Y otra vez os digo: Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que entrar el rico en el reino de los cielos.» Oso declarar este lugar con novedad; quiera Dios que me muestre útil, y no temerario. Afirmo que el rico, que aquí se compara al camello, es literalmente aquel rico que para tener el todo que Satanás le ofrece, le da las dos cosas que le pide por lo que le promete, que son «caer y adorarle». Verifícalo el camello, animal que cae, y de rodillas recibe la carga que le quieren poner. Cristo nuestro Señor, á quien el demonio dijo que cayese y le adorase, y le daría todos los reinos y la gloria dellos, dice que es más fácil entrar un camello (que cae y se hincan de rodillas para que le carguen) por el ojo de una aguja, que el rico en el reino de los cielos, que á manera de camello cae y adora á la ambición, que le ofrece todas las cosas. Sé que *Κάμηλος* es el camello, y que *Κάμινος* es *gimena de navio*; lo que ha sido ocasión á que personas de erudición hayan aplicado la interpretación de la voz griega á la maroma, y no al animal, por ajustarse más al enhebrarla por una aguja. Empero, á mi entender, cuanto el camello es más despropósito al pasaje de la aguja que la maroma, (4) tanto mejor debe aplicarse la interpretación al animal, y no á la maroma, por ajustarse más al intento de la doctrina: lo que esfuerza literalmente mi aplicación á las palabras de la oferta del demonio en la tentación, y la de sus dádivas y socorros: «Di que estas piedras se vuelvan (5) panes;» propio socorro suyo al que no tiene panes, darle piedras. Esto, que fué lo primero que intentó con el Hijo de Dios, es lo primero que intenta con los codiciosos: en viéndolos con hambre, les da piedras, que antes son arma villana que alimento noble. Lo propio es dar á uno piedras, para que teniendo hambre se harte, que darle oro si desea ser rico, para que no sea pobre; siendo así que para enriquecer no es el remedio añadir dinero, sino quitar codicia. No dió panes, sino piedras que hiciese panes: no da oro, sino codicia, usura, latrocinio y envidia, para que dellos hagan oro. Si lleva á los ambiciosos á la santa ciudad y al templo, es para subirlos al pináculo; y si los sube, es para aconsejarlos que se arrojen de lo más alto. No fuera de propósito se entendería este pináculo, donde los enca-

(4) y no al animal, por ajustarse más á ella y al intento de la doctrina; (Z. B. F.)
(5) en panes; (S.)

rama para que se despeñen, un mal confesor que anima la codicia y acredita la usura; y absuelve el pecado ajeno con el suyo; y el robo, aplicándose á sí la restitución del hurto que perdona, con el que comete. Pues si al que presumía Satanás hijo de Dios (dudando si lo era el que lo era sin duda), en la necesidad y hambre y soledad le ofrece piedras, le aconseja que se precipite, le pide que caiga y se arrodille, ¿qué dará, qué aconsejará, qué pedirá al que sabe es hijo de otro hombre; hombre, digo, pecador y concebido en pecado? Según esto, la defensa está en valernos de las tres respuestas de Cristo, que le volvió las piedras á la cara, le arrojó del pináculo, y diciendo: *Vade, Sathana*: «Véte, Satanás,» le despidió cuando le pedía que le adorase, le derribó cuando le pedía que cayese.

¡Grande texto contra la riqueza el que ocasionó la comparación del camello y la aguja! Cuando aquel príncipe, de rodillas, preguntó á Cristo Jesús qué haría para entrar en la vida eterna, y le respondió guardase todos los mandamientos de Dios, refiriéndoselos; á que replicó que todos los guardaba desde su juventud,—díjole el Señor: «Una cosa te falta, si quieres ser perfecto; véte y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo, y vén y sígueme.» Luego que oyó esto el mancebo, se fué triste y afligido; y viéndole Cristo melancólico, dijo á sus discípulos: «Cuán dificultosamente los que tienen dinero entrarán en el reino de Dios!» Luego no tener lo que para entrar en el reino de Dios es menester dejar, no es pobreza, sino diligencia; y el tenerlo no es riqueza, sino estorbo. No dice el Señor que es imposible, sino difícil; empero dice que es tan difícil, que parece imposible. Forzoso es declarar qué se entiende por aquella palabra «el que tiene dinero». El texto sagrado lo (1) decide y señala: que el que le tiene, se entiende aquel que no lo da á los pobres y se entristece de que los pobres se (2) lo pidan, y de que Dios le mande que se lo dé; porque el que tiene dinero para darle y le da, ese no le tiene para tenerle, que es el peligro, sino para que le tengan los necesitados, que es la seguridad y el mérito.

El nombre de pobre más veces le reparten la ignorancia, la soberbia y la codicia, que la verdad. El codicioso que tiene más de lo que ha menester, y codicia lo que no tiene, se llama pobre, porque no lo tiene todo. El soberbio en excesivo caudal llama pobre al que tiene menos hacienda que él, aunque exceda á muchos con la hacienda que tiene. Y si esta razón constituyera en pobreza, todos fueran pobres unos respecto de otros, y la comparación hiciera pobres á los grandes monarcas unos con otros. La ignorancia llama pobre, con su mal lenguaje, á cuantos les falta lo supérfluo, sobrando á todos lo necesario; siendo estos los solos seguramente ricos, pues tienen lo que nadie les puede quitar, pues no lo niega Dios á nadie, y la naturaleza ruega con ello á todos.

Resta decir quiénes son los pobres en quien la pobreza es trabajo y el nombre infamia. Son los primeros los que careciendo de los bienes de fortuna, gastan sus conciencias en adquirirlos. Son los peores los que poseyendo mucho, desean más. Son los terceros los que tienen sumas riquezas, y no las gozan ni las co-

munican. Estos son monstruos, pobres con las riquezas, pobres de sí propios, pobres para sí y para todos. Estos se hurtan lo que tienen y lo que hurtan; hacen ajeno lo propio, antes de nadie. Más inocente fué el oro enterrado en la mina que en su poder. Son balsas que juntan el agua corriente, para corromperla. Gastan la vida en juntar dinero, y no gastan un dinero en sustentar su vida. Son como el mal estómago, que no gasta el alimento que recibe, y gasta la salud y se gasta.

Yo conocí un hombre destos, que siendo muy rico, se acostaba con la luz de las postrimerías del sol, por ahorrarse de gastar aceite para un candil; y reprehendiéndoselo, dijo: «Cuando Dios quiere que el mundo esté á oscuras, no he de contradecir sus órdenes, ni contrabajar el día con torcidas.» Por ahorrar de gastar andaba desnudo; y respondía todas las veces que se lo afeaban, que le era tan apacible la docilidad de los vestidos viejos, como molesto el domar con sus coyunturas vestidos recién acabados. La cosa más fresca de su casa era la chimenea, y la más limpia; tanto aborrecía el humo por parlero de (3) banquetes, como por señal de incendio. Hallaba razón aparente para todo lo que era negarse el regalo, el alimento y el vestido. Y bien considerado, solamente tenía razón en tasar su vida y su salud en tan bajo precio, que no (4) le merecía un ochavo de gasto.

Cuestión es forzosa cuál sea peor pobre, el rico que gasta en su glotonería, lujuria, vanidad y soberbia cuanto posee, ó el rico que se muere de hambre y de frío, por no gastar algo de lo mucho que le sobra. Yo, por errar menos en la comparación, juzgo que ninguno de los dos puede ser peor y que cada uno lo parece. A aquel (5) lo empobrecen los vicios, y este lo empobrece á ellos; aquel se queja de sus pecados que le cuestan caros; deste se quejan sus pecados que le quiere de balde. Entrambos son enemigos de su hacienda: el uno porque la da á los otros, el otro porque se la niega á los otros y á sí; el uno la hace ajena con la dádiva, el otro con no gozar della. Verdaderamente estos dos pobres son delincuentes. Otro tercero pobre los sigue en el número: aquel que si no lo guarda y si no lo gasta en vicios, lo gasta en su pompa, acompañamiento y excesivo adorno; este con mala salud tiene el seso tanto de loco como de espléndido. Gasto donde la caridad no hace buenas algunas partidas, pocas pueden ser buenas.

Hemos dicho de los hombres que el mundo llama ricos siendo pobres; digamos de los que llama pobres siendo ricos, sin hacer cuenta de (6) Craso, que solo tenía por espléndido y rico aquel que podía sustentar un ejército. Comúnmente llamamos pobre al necesitado y mendigo; yo no sé qué persona está fuera de la nota deste nombre. Pide el pobre al rico, pide el rico al poderoso, el poderoso al príncipe, el príncipe al monarca; y esta soberana dignidad, porque no escape de mendiga, cuando todos la piden á ella, pide ella á sus vasallos. Según esto, ser mendigo no puede ser nota; ¿será el ser mendigo del sustento de cada día, de un remiendo y de una limosna? Aquí está el engaño, pues forzosamente es menos mendigo el que lo es de cosas peque-

(5) banquete, (Z. B. F.)
(4) lo (Id.)
(5) le (S.)
(6) Craso (Id.)

(1) decide, (Z. B. F.)
(2) le (Id.)

ñas que quien lo es de cosas grandes, y con más breve consuelo, pues es más fácil alcanzar lo poco que lo mucho. Demos que el mendigo sea el pobre; hablemos del bien, pues hablamos de todos, y el que no es pobre lo fué cuando nació y lo será cuando muera. Vulgar sentencia es, que ninguno nace tan pobre que no muera más pobre. ¿Parecerá paradoja decir que todos nacen más pobres que mueren? Yo probaré que parezca verdad. Nada trae á la vida el que en esta vida nace. El que muere todo lo deja y nada lleva; caudal es tener que dejar. Quien nace ha menester lo que no tiene; quien muere no ha menester lo que deja: luego en aquel es necesidad y en este alivio. Aquel empieza á ser menesteroso de todo lo que este deja, porque ya no lo ha menester. El que nace empieza (1) la jornada, para que necesita de todo lo que no tiene; el otro la acaba, y por eso no le hace falta lo que deja. El uno está confin á los umbrales de la nada, de que salió nueve meses antes; el otro está confin á la eternidad, que le aguarda poco despues. El uno nace para vivir vida mortal, el otro muere para vivir vida eterna. ¿Quién negará que el que nace no es más pobre de caudal y de esperanza que el que muere? ¡Oh cuán liberal y generoso es el morir! ¡Cuán mendigo y mísero el nacer! Este todo lo pide, aquel todo lo da. Si el hombre cuando nace tuviera entendimiento como cuando muere, todas las criaturas me sirvieran de textos y autoridades para mi opinion. Sirva este discurso de disposicion á mi intento, y descendamos á quitar el temor de la pobreza al mendigo, á quien llaman pobre de solemnidad.

Digo que está mejor situado y á mejor finca el caudal del pordiosero que el del poderosamente rico. Dos géneros de bienes blasona el mundo; unos muebles y otros raíces. Consintamos que se llamen bienes, respecto á que dellos se puede usar bien y con ellos se puede hacer bien. Empero no es de permitir que se llamen raíces y estables, pues son tan movibles como el tiempo y como la fortuna, que á su albedrío disponen dellos. ¿Quién negará que las monarquías del mundo, los reinos y los señoríos no son bienes movibles, no pudiendo negar sus mudanzas, su inestabilidad, su fuga de unas en otras personas, de unas en otras gentes? El mundo, que fué de los asirios, pasó á los persas; destos á los medos; á estos le quitaron los griegos, y á estos los romanos. En unos fué causa el vicio de los príncipes que poseían, en otros la invidia de los vecinos, en otros la ambicion de los apartados. Pues si los reinos y monarquías y los imperios son bienes movibles, ¿qué serán los que debajo de su dominio tuvieren los vasallos y particulares? La verdad á todos los llama bienes muebles: á los unos porque los lleva adonde quiere el dueño; á los otros porque los lleva donde quiere, sin dejarlos reposar, el tiempo y la fortuna, que hacen golfo lo que (2) era heredades, y por otra parte enjugan en heredades los golfos; lo que era ciudad es campo, y lo que era campo es ciudad. La misma naturaleza en el grande cuerpo de todo este mundo reconoce por movibles sus mayores partes y sus mejores miembros. ¿En qué seguridad permanente podrán estos bienes, que se llaman raíces, afirmarse en quietud, si la tierra en que se fundan y el mar de que se ro-

(1) á la (Z. B.)
(2) eran (F. S.)

dean, son movibles? Antes el propio movimiento (3) es, y un continuo contraste. No digo que se mueve la tierra, sino que toda ella padece mudanzas, continuos robos de los rios, perpétuas invidias del mar, frecuentes agravios y delirios de la fortuna, porfiadas transmudaciones y diferencias de la hambre del tiempo. Toda esta máquina visible va enfermando cada día para el postrero, en que será alimento de las llamas, cuando quien extendió como pieles los cielos, arrolle y revuelva á su brazo sus volúmenes resplandecientes. Tal es la situación que blasona de su socorro el rico, y la finca (4) la que señala el albedrío de cada hora; sabiendo una misma ser madre y madrastra, pues acontece que un mismo instante se goce y se padezca. Más segura es la situación del socorro del mendigo, más constante su finca. Tiene el pobre su hacienda en los tesoros de la providencia de Dios; su finca es graduada por la contaduría de la caridad: ni puede faltar la una ni ser trampa de la otra. No puede quebrar la Providencia; nunca experimentaron falido su crédito, ni los hijos de los cuervos ni la más despreciada sabandija.

Cristo nuestro Señor amó la pobreza. No puede dejar de ser hermosa y santa cosa que mereció el amor de Jesucristo. Amó los pobres para padres, amólos para discípulos. Precióse de pobre con tal encarecimiento, que dijo que las aves tenían nidos y las bestias cuevas, y que él no tenía adonde reclinar la cabeza. Lo que Cristo escogió para sus padres, para sus discípulos y para sí, grande y soberana prerogativa goza en su elección.

Veamos si de tanto bien comunicó Dios algunas vislumbres á los gentiles. Jenofonte, en el libro 1 de las Sentencias con Antifon, le dijo (a): «Yo creo que el no tener necesidad de cosa alguna, es cosa propia de Dios; y tener (5) necesidad de cosas pocas, sea propio de aquellos que más se avecinan á Dios.» Estos que tienen (6) necesidad de cosas pocas probado está que son los pobres. Evangelicemos pues esta vislumbre. Cristo Señor nuestro en el lugar citado dijo á aquel rico: «Vé y vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y vén y sígueme.» Literalmente manda Jesucristo, Dios y hombre, que para llegarse á él vendan lo que tienen y lo den á los pobres; para que siendo pobres, se puedan llegar á Dios. Conocieron que no había otro medio de llegarse á él y de llegarse á Dios y seguirle, como más cercanos, y por eso le dicen: *Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te.* «Ves que nosotros lo dejamos todo y te hemos seguido.» ¡Grande prerogativa es la del pobre, estar, por necesitar de menos cosas, más cerca de Dios, que no necesita de alguna; carecer de todo por haberlo dejado, para poder seguirle!

Juzgó Cristo Jesus por peligroso todo lo que no se gastaba con los pobres, y por poco útil, *Lucae, 14: Dicebat autem ei, qui, etc.* «Decía al que le había convidado: Cuando das comida ó cena, no llames tus amigos ni tus hermanos ni tus parientes; no acaso ellos te vuelvan á convidar y cobres la retribucion. Empero

(3) es un continuo (S.)
(4) que señala (id.)

(a) No hace sentido; el período está faltó. Acaso en el original se leería lo siguiente: «Jenofonte, en el libro 1 de las Sentencias y dichos famosos de Sócrates, trae un insigne testimonio dello. Disputando Sócrates con Antifon, le dijo.»

(5 y 6) necesidad de cosa poca (S.)

cuando haces banquete, llama á pobres, débiles, cojos, ciegos, y serás bienaventurado, porque no tienen con qué poder pagarte el convite.» ¡Oh cuánto resplandece la liberalidad de Dios en lo que recibe! ¡Oh cuánto se muestra miserable y usurera la dádiva y liberalidad de los hombres! Aquí dice Cristo que es inconveniente para con su Padre lo que es incentivo para con las gentes. Dice á su huésped que no convide á los ricos, porque acaso no le paguen el convite; y los ricos no convidan con otro fin. Mándale que convide á los pobres, porque no le podrán convidar á él otra vez; siendo así que porque los pobres no pueden pagar el banquete nadie los convida. Toda la pretension de Dios en estas palabras es tener al hombre por acreedor. Dicele que convide al pobre, porque no recibirá del retribucion; empero que la tendrá en la resurreccion de los justos: *retribuetur enim tibi in resurrectione justorum* dice consecutivamente Cristo nuestro Señor. Para con él tiene grande crédito el pobre; no hay paga de cosa alguna que reciba ó deuda que no acepte. Solicita Dios por este camino ser deudor al hombre. Este lugar dictó á san Pedro Crisólogo tales palabras: *Da potum, da vestimentum, da lectum, si Deum debitorem, non judicem vis habere (a).* «Da la bebida, da el vestido, da albergue, si quieres tener á Dios por deudor, y no por juez.» ¿Cuál socorro será tan seguro como el que Dios abona? ¿Quién será aquel que no pague letras aceptadas por Dios? ¿Cómo será rico quien por los pobres no tuviere con Dios buena correspondencia con los intereses de ciento por uno?

No solo da Dios al pobre y manda que todos le den, sino que la propia pobreza es merced y dádiva de Dios. Alcanzaron esta piadosísima verdad los gentiles: *Lucan., lib. 5:*

... O vitae tata facultas
Pauperis, angustique lares! ó muneris nondum
Intellecta Deum! quibus hoc contingere templis,
Aut potuit muris, nullo trepidare tumultu,
Caesarea pulsante manu?.....

(1)

¡Oh privilegio de la poca hacienda,
Y del pobre seguro!
¡Oh dádivas de Dios no conocidas!
¿A qué murallas ó á qué templos pudo
Acontecer el no temblar con ruido,
Tocando en ellas la cesárea mano?

Dádiva de Dios llama el privilegio seguro de la pobreza y de la hacienda miserable. Es empero de advertir que á la pobreza santa y preciosa y encomendada de Dios, le sucede lo que á los metales preciosos y á las piedras, que se andan los falsificadores tras ellas por enriquecer con el engaño su alquimia, que la contralace. Tiene la pobreza, como el oro y la hipocresía, su monedero falso.

Ninguno es más pobre que aquel que enriquece de lo que quita á los pobres. Es evidencia que es más pobre que los pobres quien ha menester quitarles su pobreza para ser rico. Y este rico que para serlo hace pobres y deshace pobres, no solo es pobre, sino la misma pobre-

(a) sermon XLII.
(1) que significa: (F. S.)

za, pues solo la pobreza hace pobres. Este no solo es el más pobre, sino el más maldito pobre. Dale Dios el más extraordinario castigo, permitiendo que quien enriquece con lo que quita, empobrezca con lo que da. Así se lo amenaza el Sábio: *Qui calumniatur pauperem, ut augeat divitias suas, dabit ipse ditiori et egebit.* «Quien calumnia al pobre por aumentar sus riquezas, dará al más rico que él y empobrecerá.» ¡Qué docto y justificado castigo es, que quien destruye al pobre por aumentarse, dando al rico se destruya á sí! Ordena Dios que (2) quien quitó al pobre destruyéndole, se quite á sí para que se empobrezca. Este, si edifica con lo que quitó á los pobres palacios y viñas, ni los vive ni las bebe. Literalmente lo dice el Espíritu Santo por Amós, cap. 5: *Idcirco pro eo, quod diripiebatis pauperem, etc.* «Por eso y porque despojábades al pobre y quitábades del presa escogida, edificaréis casas de sillerías, con piedras cuadradas, y no habitaréis en ellas; plantaréis viñas de todo regalo, y no beberéis su vino.» Y si este desdichado, que enriquece de lo que quita á los pobres, sacrificare de su caudal á Dios, no le ofenderá menos que aquel detestable que sacrifica el propio hijo á su padre. Palabras son del Espíritu Santo, *Eccl., 34: Qui offert sacrificium ex substantia pauperum quasi qui victimat filium in conspectu patris sui.* «Quien ofrece sacrificio de la substancia de los pobres, es como aquel que sacrifica el hijo delante de su propio padre.» No pudo la maldad inventar pobre más ultimado que este; si quita para enriquecer, empobrece con dar: quita al que lo ha menester, para dar al que no lo ha menester. Si en este mundo edifica palacios y viñas y jardines con el robo del pobre, ni los unos los habita ni los otros goza. Si del propio caudal, para aplacar á Dios, ofrece sacrificio, en cada pobre que robó le deguella un hijo. Segun esto, pierde dando lo que adquiere con el robo, pierde lo que edifica y pierde lo que ofrece á Dios. Esta fuera la pobreza más feamente falsaria de la verdadera pobreza, si no se hubiera introducido otra más peligrosa por más bien vestida al uso de la verdad.

Esta me dió noticia aquel ferviente y santo ruego en que está la salud del alma: *Divitias, et paupertatem, ne dederis mihi (b).* «Señor, no me des riquezas y pobreza.» Todos entienden esta peticion, afirmando que pide que no le dé Dios pobreza extrema ni riquezas demasiadas. Yo (quiera Dios que acierte) entiendo que pide que no le dé riquezas y pobreza, que son dos contrarios; y poseido de contrarios, será contradiccion y contraste y batalla. Declárome más. Pide que no le haga rico pobre como el que hemos referido; que no sea rico en el caudal y pobre en el nombre, que es ser hipócrita; que no le haga rico que, siempre tomando más, buscando más, engaitando más, sea siempre más pobre, por ser siempre más rico. Persuádome que ya me entienden todos, menos los (3) ricos, que harán como que no me entienden. Contra estos se instituyeron (4) en la Iglesia católica (5) los sagrados órdenes mendicantes, que con la limosna que reciben hacen á Dios

(2) quitó (Z. B.)
(b) *Mendicitatem et divitias ne dederis mihi*, es como dice el sagrado texto. Prov., xxx., 8.
(3) reos, que harán (Z. B. F.)
(4) la Iglesia (Z. B.)
(5) las sagradas (F. S.)